

Mariano Latorre.

La yunta de on Dani



EN pleno invierno del sur, me hice cargo del retén de carabineros de Collanco, a la orilla de un lago cordillerano. Venía a reemplazar a un vice-sargento, separado del Cuerpo hacía poco.

Una tarde, sonora de lluvia, llegué a Loncoche. Y al día siguiente, partí a caballo al interior, por el viejo camino de Collanco.

Caía implacable el agua, desde un cielo móvil y negruzco. La lluvia había reducido el amplio paisaje de colinas y selvas, a la franja arcillosa del camino, donde resbalaban a cada instante los cascos herrados del caballo, dejando largas huellas, resumantes de humedad.

La lluvia era un ángulo de gotas grises que el viento norte empujaba hacia los cerros invisibles. A ratos, se abrían las cortinas movedizas de la niebla y entre los desgarrones se perfilaban, casi fundidos en la blanca garúa, desmochados esqueletos de robles o negros tocones carbonizados.

Llegué a Collanco, poco después del mediodía. El Cabo Urrea y algunos soldados del destacamento, me esperaban en las afueras.

* * *

Casi a la margen del lago Collanco estaba la oficina del retén. Desde la ventana, en cuyos vidrios enhebraba la lluvia rosarios de gotas, veíase un trozo de lago, casi disuelto en la grisada de la lluvia. El agua del sur, tenaz e incansable, hacía barro de la tierra y podría las viejas vigas de las casas y las cercas, casi deshechas de caminos y de hijuelas.

Mi antecesor, el vice-sargento Valenzuela, funcionario inescrupuloso, me legó un cerro de notas y de partes que era necesario revisar. Y como una herencia poco grata, el cuatrерismo, libremente desarrollado en la vastedad de la tierra aun no conquistada, durante los cuatro años que permaneció en el retén

Una mañana, ayudado del cabo Urrea, clasificaba los papeles, que descolgamos de un gancho mohoso, porque las goteras, cómplices del sargento, habían borrado líneas, dibujando alas de mariposas o nubaronas violetas en el texto de las notas. Las íbamos ordenando por fechas. Urrea las amontonaba en el extremo de la mesa.

Con disimulo observaba a mi ayudante. Debo confesar que su cercanía me era grata, a pesar de mi prevención contra los subordinados de Valenzuela. Hijo

de antiguos colonos de Collanco (él mismo me lo dijo) conocía la tierra y conocía a los hijueleros, a los honrados y a los que dejaron de serlo. Hacía diez años que pertenecía al Cuerpo. La disciplina militar fundió, muy bien, al campesino y al soldado. Era un hombre laborioso y sereno, aunque sin iniciativa, pero indispensable en el medio donde actuaba.

En una tregua del trabajo, me habló, esa mañana, de los colonos de Collanco.

—Viven pobremente, mi sargento. La tierra no resultó muy buena, porque era bosque de coigües. Botados los árboles, a golpes de hacha, quedaron las raíces que tapaban la mayor parte del terreno. Costaba mucho desarraigarlas. Con el tiempo, desaparecieron. Amontonaban los palos, caídos en el invierno y les prendían fuego; pero mientras tanto, hacían hijos. A cada colono, cinco o seis.

Y añadió sonriendo:

—¡No tenían en qué entretenerse durante el invierno!

Y tras una pausa:

—Los chiquillos se criaban de cualquier manera en el campo. Ayudaban en la cosecha y cuando no había mantención en el invierno, robaban a los vecinos o en cualquier parte.

Pero observó gravemente, lógica concesión a su psicología policial:

—Sea como sea, al cuatrero hay que castigarlo, aunque el hambre justifique, a veces, el robo.

Afuera, en el pasadizo, sintiéronse voces y pasos. Alguien refregaba afanosamente sus botas en el felpudo, entre la mampara y la puerta de la oficina.

Urrea salió hacia el pasadizo. Volvió casi en seguida.

—El subdelegado y un colono lo buscan, mi sargento. Se trata de un robo de animales.

—Hágalos pasar, cabo, contesté.

Pero no fué necesario. Advertí, en esto, la familiaridad con que los aldeanos trataban a mi antecesor. Ocupando casi el vano de la puerta con su maciza figura, el subdelegado Lange me saludó con gesto con fianzudo.

—Buenos días, sargento.

Avanzó algunos pasos. Con violentos sacudones se desprendía del agua que mojaba su poncho de Castilla y me tendió su mano, barnizada de humedad, con un gesto cordial. Tras él, como clavado en el umbral, chorreando barro líquido por los bordes de una gastada manta indígena, permanecía un viejo harapiento, de cara ancha, gruesos labios e hirsuta barba entrecana.

Lange se volvió hacia él:

—Exponga Ud. mismo la cosa al sargento, on Dani.

Tosió el viejo. Se movieron sus dedos largos, negruzcos, en torno a un sombrero viejo, casi deshecho por el agua.

—Pase Ud., le dije, animándolo.

Abandonó el umbral. Anduvo dos pasos y se in-

movilizó otra vez en la misma actitud. Sus ojillos pardos, única luz en la sombra del rostro cansado, me miraron con tímida angustia. Sus ojotas, amasijo repugnante de agua y barro, iban dibujando en las tablas del piso su contorno disparejo.

—¿De qué se trata?, le pregunté secamente.

Carraspeó, tosió y estrujando el sombrero que echó al suelo un chorrito de agua barrosa, dijo con un tono de insoportable quejumbre:

—Que mi'han robao los bueyes, su mercé. Di'albita salí a buscar la yunta pa'al montecito de hualles, ey, etrás e la casa. Y no los hallé ná, su mercé. Trajiné por el montecito y ná, tampoco. Subí por la quebrá y ni rastro e la yunta. Di'ay bajé p'al camino, porque estaban muy costumbrosos, por el pastito que crece al lado afuera del pantión y ey mesmo pesqué la huella fresca de la yunta y d'ojotas.

Calló unos segundos y agregó con cierta convicción:

—Los bueyes son los míos, porque el Clavel, el más grande, asienta más la pata que el Pardo qu'es más chico. Van enyugaos y son los míos, su mercé. Ey tá la pisá del Clavel y la del Pardo.

Con lentitud, su torpe manaza recorrió la cara para enjugar las gotas de agua, aun estacionadas en las arrugas y en los pelos de la barba. Con evidente intención de que lo compadecieran, lloriqueó:

—Esta yunta de buecitos es l'único sostén del rancho, su mercé. Ey tá la zalagarda e chiquillos y la compañá, medio baldá e las piernas, dende la cosecha.

Interrumpiéndolo, le pregunté

—¿Y Ud. no sospecha de nadie?

—¡De quién, pues, su mercé! Si son tantos los lairones qu'hay pu'aquí! Vieron los bueyes en el camino, en eso andarían, digo yo, bueyes bien manteníos y les entró la tentación.

Oímos, ahora, la biografía de la junta:

—Yo mesmo los crié, ende terneros, porque la vaca l'aplastó un coigüe que botó una nortada. Y los amansamos con el niño qu'esté pa lo di'on Juan Mena.

Lange intervino.

—Son cuatreros de la región, porque venían con yugo y aperos. Así salen, por si acaso.

Recordaba, al mirar al viejo, las recientes palabras de Urrea. On Dani era uno de esos colonos. Sin duda, de los más desafortunados. Según supe después, vino del Ñuble como tantos otros. A golpe de hacha botó los árboles de su hijuela. Con su mujer rozó el campo y sembró los primeros puñados de trigo, pero no cuajó en grano la semilla. Abortó la tierra sorprendida. Sólo doradas espigas infecundas cubrieron los troncos carbonizados y la yerba y el azúcar y la harina de los boliches, se tragaron la hijuela y los sueños de los colonos.

Me acometió súbitamente el deseo de proteger al viejo colono. No era la primera vez. Sin mayor reflexión, lo sentí muchas veces en el sur. En su mísero anonimato ¡pobre on Dani! hasta su apellido se había deshecho.

—¿Tiene Ud. un caballo? le pregunté.

Respondió con su habitual tono jeremiaco:

—¡Di'onde, su mercé! Si no tengo más que los buecitos y la carreta pa fletar.

Me encaré, entonces, con Lange:

—Los caballos del destacamento están muy flacos y sobre todo, los necesitamos. Si tomamos al tiro la huella, creo que alcanzamos a los cuatreros.

Lange me miró con sus ojos fríos y volviéndose bruscamente hacia el viejo, le dijo:

—Vaya a mi casa, on Dani, y dígale a Ottito que le dé el tordillo con la silla vieja.

Nos miró, azorado, a Lange y a mí. Buen conocedor de las tardías reacciones de los colonos, insistió Lange:

—Apúrele, on Dani, porque mientras más se demore, menos encuentra sus bueyes.

Quedó inmóvil algunos segundos: luego, sin decir nada, salió de la oficina. Observé las huellas de sus ojotas en el piso, anticipada muestras de las que habríamos de perseguir seguramente.

Llamé a mi ordenanza:

—Ensilla el mulato y llévalo a la puerta del cuartel.

Me ceñí el cinturón, con la pistola de reglamento. No quise llevar otra arma.

Lange, chupando su cigarro, me observaba. La chispita roja, más intensa a cada aspiración, parecía reflejar sus ocultos pensamientos.

—¿Qué le pasa al viejo? le pregunté

—No cree en los carabineros y le tiene miedo a los bandidos, respondió, subrayándolo con un rictus burlón.

Y cambiando el tono, me preguntó:

—¿Va Ud. solo, sargento?

—Sí, solo ¿por qué?

Arrojó violentamente el humo, alargando los labios, como si fuera su propio hálito y mirándome con unos ojos, entre dubitativos e irónicos. Sin que la formulara, adiviné la pregunta.

—No es la primera pesquisa que hago solo, dije.

—No digo nada, sargento, pero el vice Valenzuela no nos tenía acostumbrados a esto.

Sin replicarle, le pregunté:

—¿Encontraremos algo qué comer en el camino?

—No mucho, sargento. Algunas tortillas mal cocidas, yerba, azúcar quizá. Lo más prudente es llevar algo de aquí.

—No hay tiempo ya. Nos arreglaremos de cualquier manera en el camino.

No me era antipático este mestizo de alemán, tan peculiar en las tierras del sur, pero sus palabras reticentes y sus ademanes desenfadados me parecieron irrespetuosos y groseros. No tenía fe en la policía o mejor, la había manejado, como era costumbre, mediante dinero u otros obsequios de menor cuantía.

El cabo Urrea intervino:

—Yo lo puedo acompañar, mi sargento, si le parece.

—No, cabo, contesté secamente. Iré solo y traeré a los ladrones.

—Pero Ud. no conoce estos caminos, mi sargento.

—Conozco los de Osorno que son casi los mismos y además on Dani es colono de Collanco. Y esto es cuestión de tinca, cabo Urrea.

Salí hacia la calle. Lange y el cabo me siguieron. On Dani no había llegado aún. Desembocó por el centro de la calle Lojosa, a los pocos minutos, con un caballo de tiro.

A grandes voces, Lange le gritó:

—Pero súbete al tordillo, viejo e miéchica.

Oí carcajadas y voces alegres. Venían de las tiendas, llenas de gentes emponchadas. Algunos se asomaron a los umbrales. La llovizna, como una cortina transparente, disfumina sus siluetas.

El ordenanza llegaba, también, con el mulato. Monté sin esperar a on Dani que, diligente, apretaba cinchas y estornudaba para librarse del agua que le cubría cara y bigotes. Subió torpemente al caballo:

—¡Qué le vaya bien!, mi sargento, oí la voz de Lange.

No respondí. Avancé por el medio del barro. De las ventanas, de los ángulos oscuros de los tenduchos, me seguirían, estaba cierto, ojos burlones y malévolos. El aburrimiento insidioso de la aldea había encontrado en el sargento y en su inesperada actividad, exce-

lente motivo para reír y murmurar, entre vasos de cerveza y golpes de cacho.

* * *

Por el viejo camino colonial orillamos el lago. Torvos aguazales y muros de barro negro, lo formaban. En las pozas brillantes se disolvían los relejes de las carretas. Las pesadas llantas, al partir los montones de lodo, moldeaban pequeñas gargantas y taludes minúsculos. Y enredos de cascos y de pezuñas por todas partes. Difícil me habría sido reconocer una huella en ese laberinto de barro pisoteado; pero para on Dani, crecido junto al casco y la pezuña, era una tarea, si no sencilla, por lo menos de una intensa absorción. Se adelantó, sin consultármelo. Yo lo seguía de cerca. Cada cierto tiempo cruzaba el camino. Yo miraba el suelo y creía ver huellas más profundas, junto a otras menos pronunciadas. E interiormente decidía:

—El Clavel o bien, el Pardo,

Tregua de lluvia, desde la salida. Hacia el sureste se desplazaban pesados nubarrones oscuros. Súbitamente un chubasco nos aisló. Nos cobijamos bajo unos coigües.

On Dani me señaló el camino:

—Aquí va la huella de la yunta, sin rastro e ruelas.

En el camino on Dani era un hombre diverso al que yo acababa de conocer. En contacto con la tierra donde vivió y sufrió desaparecían su timidez y su tor-

pe embarazo. Fijos en el suelo, sus ojos tenían un brillo extraño. El complicado problema de eliminación de huellas, para mí tan obscuro, despertaba todos los recursos de su experiencia campesina. La pezuña fuerte del Clavel y la menos vigorosa del Pardo, entrecruzadas por millares de huellas, le volvían su instinto de lucha, de supervivencia, apagado en su nueva vida de paria,

La lluvia borró, como una esponja, el verdor del paisaje. Friolentos, se recogían los follajes de los árboles. Ni un pájaro en las ramas. Ni chucaos ni tiuques, huéspedes habituales de la selva.

A pesar del frío y del agua, sentíame bien. El chapoteo de los cascos en el barro, el resollar frecuente de los caballos y la inquietud misma de la persecución, vigorizaban mi ánimo, me hacían marchar hasta el fin de la aventura sin desfallecimientos.

Al mediodía o poco después (algún nombre debo dar al crepúsculo sin fin del día lluvioso) descansamos en un rancho, a pocos metros del camino. Vivía allí un viejo colono, camarada de don Dani. Un milagro lo hizo conservar sus hectáreas, a orillas del lago. La razón la hallé en unas palabras de don Dani:

—Ni comía este Peiro pa juntar plata pa la tierra.

Los ví juntos un instante en la puerta de la casita de viejas tablas. Y me asombró su parecido. Más bajo y gastado don Dani, más alto y sano on Peiro. La misma hacha, el mismo alimento, el mismo afán. Y un

rasgo de carácter, decidiendo su suerte, frente al boliche y a la vida.

Unos mates, nunca me parecieron más sabrosos y reconfortantes, una tortilla blancuzca y desabrida, me hubiera comido dos o más, sin embargo y el cansino sucederse de la conversación de los dos viejos. On Dani, sobre todo. Nos contó cómo su hijuela se la llevó un despachero vasco por azúcar y yerba. Y cómo de su ruina, el día que la dejó para siempre, pudo salvar al Pardo y al Clavel, hijos de una misma vaca y de toros distintos.

—Crecieron aguachaítos y venírmelos a robar ahora!

On Peiro lo escuchaba indiferente. Cerrado el rostro moreno. Para consolarlo [ingenuo de mí] le dije:

—Llegaremos con el Pardo y el Clavel, on Dani, si no nos matan.

Pregunté, entonces, a on Peiro si había visto pasar una yunta sin carreta.

—Poca gente pasa pu'aquí cuando llueve, su mercé. Las máquinas pararon qué tiempo!

Se refería a los aserraderos del interior que se paralizan en los meses de invierno. Pero me dió una pista indirecta, chupando su chisporroteante cigarrillo.

Contimás que si la yunta es robá habrán endilgao pu'el camino el alto, qu'está poco trajinao.

Me pareció que ponía en duda el hecho mismo del robo. Lo interpreté como algo inherente a su psicología de colono y no dije nada. On Dani me invitó a seguir en ese instante.

—Hay que aprovechar la escapaita, su mercé ¿no? No llovía. Un viento blanco, como hijo de la nieve, substituía al agua. Llegamos, a los pocos minutos, a la orilla de un estero. On Dani se desmontó, antes de atravesarlo. Amarró el caballo en un pilo nuevo y se perdió entre los troncos grises. Volvió a los pocos segundos, subió al caballo y me dijo:

—Endilgaron pa'arriba con los bueyes desenyugaos y salieron pa'al camino. Ey, los volvieron a enyugar.

Cruzamos el arroyo. Los ladrones eran dos, como lo suponíamos. En el barro estaban las huellas. Unas grandes, anchas, de hombre corpulento. Las otras menudas, tal vez de un muchacho o de un hombre de pequeña estatura. Casi como las del Clavel y las del Pardo.

Volvió a romperse el blanco equilibrio del aire. El viento se cuajó en llovizna. Llovizna y sombra, aire negro de cielo ennochecido que volcó sobre el paisaje pesadas aglomeraciones de nieblas. Un rancho, iluminado por el chispear de una hoguera interior, se presentó ante nosotros. Ladraron unos perros. Un chonchón, cuya llama roja mordía las sombras, precedió a un viejo de cabeza blanca. Me dí a conocer y nos invitó a desmontar.

El nuevo colono era una reproducción de on Dani y de on Peiro.

—Este ha de ser on Juan, me sorprendí, preguntándome a mí mismo.

Y llegué a pensar, hasta que oí como se llamaba, que ese debía ser su nombre. No era on Juan, pero sí on Pancho, on Pancho Céspedes, de San José de Mariquina.

En un hoyo, en la tierra misma, crepitaban entrecruzados hualles encendidos. Grispezuelas de oro se retorcían a cada instante en el aire o iban a morir en la negra tablazón del rancho.

En la conversación de on Dani y de on Pancho, como en un potrero imaginario, quizá más real que el de la realidad, pasaban, otra vez, el Pardo y el Clavel con sus lomos rectos, uncidos al arado o a las carretas madereras o fletadoras, hundidos los testuces y babeante la viscosa lengua.

No sabía, sin embargo, más que on Peiro; pero daba algunas noticias concretas. Los Cuatreros robaban animales, en cualquier parte, donde los hallasen y arreaban, por desconocidos senderos, hacia la otra vertiente de las cordilleras hacia Calafquén y Panguipulli, callaneaban las marcas y los vendían a los ricos, dueños de fundos y de ferias.

—Lejazo han d'estar, comentó, porqu'estos collos no escansan.

On Dani repetía su estribillo quejumbroso:

—¡Por la maire! ¡Y es el sostén de la compañía y de los chiquillos!

Con un poncho de cobija, dormí sobre unos cueros, al calor de los hualles. Los dedos fríos del alba me despertaron, como si tocasen mi cara entumecida. Un

viento huracanado se paseaba en el desierto del amanecer. Y el rancho se remecía entero: seco golpeo de tablas, metálico entrechocar de planchas de zinc.

* * *

Acompañé a On Dani a rodear los caballos. El frío y el hambre los empujaron en la noche hacia los rincones abrigados, pero una hora después seguíamos nuestra pesquisa. El camino estrecho y disparejo se internaba cada vez más al corazón de la selva. A veces, tablones podridos intentaban facilitar el paso, disimulando los hoyos. Los caballos los sorteaban hábilmente, sin resbalar casi nunca.

No llovía, como si el agua se hubiera hecho aire húmedo en la entraña del viento. Y nos mojaba insidiosamente, si no eran los chorros helados que las ramas de los coigües o las varillas de las quilas descargaban sobre nosotros. El camino se deslizó en un claro de la selva. On Dani volvió a descender del caballo. Con el camino, se había perdido la huella. Lo ví cruzar del calvero pastoso con el caballo de tiro. Lo seguí de cerca.

En la greda dócil, el continuado carretío había abierto hondas rodadas, verdaderos desfiladeros en miniatura. En el fondo barroso, marcábanse huellas recientes. En los bordes o sobre el lomo de toro, resbaladas de ojotas y de pezuñas.

El viejo se había tendido sobre la tierra. Tenía,

con la espalda curvada, no sé qué de animal monstruoso que parecía escuchar un imperceptible rumor que yo no oía. Quizá la voz de la tierra, ruidos inconexos que, para él, tenían un profundo sentido. Siguió, a saltos simiescos, hacia el fin de la explanada, amarró el tor-dillo al gancho saliente de un arbusto y se perdió entre los ramajes. Lo esperé pacientemente. Su silueta torcida, envuelta en harapos mojados, apareció por fin. Se acercó para decirme.

—Hay dos huellas, una que va pa'l bajo y l'otra pa la montaña.

Montó con grotesca premura. Tenía algo de mono disfrazado de campesino en sus gestos y actitudes. Hablaba, sin mirarme, como en una especie de entrecortado monólogo:

—¿Pero di'onde habrán sacao la carreta trozaora que le colgaron a la yunta? ¡Amigos han de tener pu' aquí, si no se l'han robao!

Me miró francamente a los ojos, la segunda vez, según mis recuerdos.

—Facilaza es la cosa, agora, su mercé, porqui'una de las llantas tiene una caeza e clavo que va queando en el barro. Hay tamién, su refalá di'ojota, de la grande.

Se pasó la mano por cara y barba y dijo con voz sorda, enigmática:

—¿Pero di'onde habrán sacao la carreta?

Atravesamos nuevamente el calvero. Un muro de maquis, enredo de varillas grises, ennegrecido por la

humedad, precedía a unos avellanos de copas redondas y lustrosas. On Dani enderezó resueltamente su caballo por los maquis. Oí casi instantáneamente, azorado latir de perros. Volvió on Dani, seguido de una vieja flaca, tan gastada y tirillenta como él. Era el ejemplar femenino del colono. La cubría una manta de Castilla hasta los tobillos. Manta veterana, deshecha por los años y por el agua. Un sombrero, metido hasta las orejas, tapaba sus mechones grises y por la boca de los torcidos zuecos asomaban unos dedos largos, garfios negruzcos y ágiles.

—A la iñora, me notició on Dani, le robaron anoche una carreta trozaora. Ice qu'una de las llantas tiene un clavo doblao.

Intervino la vieja, con ese tono entre agresivo y suplicante, tan típico del campesino austral:

—La tengo etrás el rancho, en una ramaíta ende que empezó a llover. Ni sentí cuando se la levantaron. Ni lairaron los perros con la zalagarda el agua. Yo pensaba d'ir onde on Beño, apenas escampara.

Este on Beño o Benigno era el juez de distrito más cercano. Le prometí recuperar la carreta y traerla con la yunta de on Dani. Seguimos los rastros. A la margen del lago doblamos hacia el camino de Pucón. On Dani me solucionó el problema:

—¡Güen dar con las mañas d'estos diablos! Llevaron sueltos los bueyes p'al bajo, subieron por este lao, abrieron un paso e la cerca de palos botaos y se metieron p'al monte.

—¿Sabe on Dani, que lo voy a contratar como pesquisa?

—Suertúos vamos, su mercé, ¡mire qu' este clavo lo cuenta too!

Y el pequeño semicírculo del clavo, impreso en el lodo, tuvo, para mí, vital importancia. Nos unía, él, a los cuatreros en fuga. Oí, de pronto, risas de chucaos. En las vegas, los queltehues tocaban su cuerno mapuche. Las bandurrias, sus cornetas infantiles. Guías flexibles de quilas se entrecruzaban en el sendero. Disparejo y pedregoso, parecía el lecho de un estero, añorando aguas desaparecidas. No rompía la huella su continuidad. La carreta maderera y los bueyes y los hombres, dejaron en el terreno sus rastros delatores. Nos interceptó el camino un pastizal, mullido, bien oliente. On Dani me mostró las yerbas, tronchadas por los dientes del Pardo y del Clavel. Allí mismo humeaban las bostas de la yunta.

—Cercazo estamos, su mercé. Tuavía sale humo de las bostas.

Atravesamos el potrero. Subíamos, ahora, hacia la cordillera. Falda pedregosa, erizada de puntiagudas escorias y de porosas esferas de piedra pómez. Lleques y tineos recortaban contra el muro de la cordillera sus copas espinudas, de claro verdor.

Noté en on Dani un cambio radical. No le interesaba, ahora, la búsqueda de las huellas. Debía esperar lo con frecuencia, porque se quedaba rezagado voluntariamente. Culpaba a su caballo, lerdo y de mala

rienda. Para mí, los bandidos lo atemorizaban y su proximidad disolvía su entusiasmo reciente. Estoy seguro que si le propongo retroceder habría aceptado, a trueque de perder sus bueyes. Pero esta vez fui yo quien me impuse. Descendíamos hacia un tajo negro, especie de quebrada rocosa, por donde corría uno de tantos esteros, hijos de los ventiscos del Collanco. A la otra margen, se abría una explanada, cancha natural de los trozos de raulí y de roble, utilizados en los aserraderos del verano.

Húmeda, densa, la noche ennegrecía la cancha y amasaba sombras en el muro cercano de la selva.

On Dani me propuso con acento miedoso:

—¿No sería mejor alojar pu'aquí, su mercé? De día claro se ivisa too.

—La noche nos favorece, on Dani, le respondí duramente. El rancho a donde éstos han llegado no debe estar lejos.

Y clavé espuelas al caballo. El sendero, trazado por el continuo acarreo de trozos, desde el bosque a la cancha, no tenía obstáculo. De improviso, tras la escarpa de una colina, en una rinconada oscura, llameó el oro de una fogata, a través de las tablas mal ensambladas de una barraca de madera. Era el término de nuestra aventura. Detuve mi caballo al pie de la loma. Me volví para prevenir a on Dani. El viejo se había quedado atrás. Lo esperé largo rato. Supuse que había detenido el caballo, bajo un bosquecillo de coigües nuevos, pero sentí de pronto el resbalar de los

cascos en las piedras. Estuvo a mi lado a los pocos segundos.

—Me voy a acercar al rancho, le dije, para saber cuántos hay dentro, Ud. se queda aquí con los caballos.

Eche pie a tierra y le entregué las riendas. Precauidamente, inclinado el cuerpo para disimularlo en los relieves del sendero, subí hasta la explanada. No sin dificultades. Resbalé en las piedras mojadas. En unas raíces se enredaron mis espolines y ya arriba, frente al cuadrado negro, estriado de rojo del rancho, tropecé con un madero labrado (así lo sentí al tacto) que, junto a otro, constituían los varales de una carreta, seguramente la robada, que allí dejaron al llegar. Casi tendido sobre el barro, me fui acercando. El rancho trasudaba humo, ligeramente dorado por la fogata interior. A medio metro del suelo, las tablas disparejas de la barraca dejaban una rendija, raya de oro en la noche del tabique. Por ahí observé hacia adentro. Ardían en el suelo varios troncos de hualles. Llamas largas, inquietas, subían rectamente hacia el techo. Me daba la espalda un hombre canoso, extrañamente inmóvil ante el fuego. Y al frente, dos muchachones medio desnudos, verdaderos ídolos de arcilla, en cuyos ojos duros se recogían chispas luminosas. Eran los cuatrerros. No me cupo la menor duda, pues sus ponchos de Castilla humeaban cerca de ellos.

Las palabras que le había dicho a on Dani, si hu-

biera estado cerca de mí, se articularon claramente en mi cerebro:

—¡Si les pisábamos los talones!

La silueta desgarrada de una mujer interrumpió la visión. La ví colocar una pava en las brasas. Volví, rápidamente al sendero en busca de on Dani.

—Los bueyes han d'estar bien cerca, su mercé, me observó, apenas estuve a su lado.

Entendí perfectamente lo que esto quería decir. Era la psicología miedosa de estos nuevos chilenos del sur. Me invitaba, indirectamente, a robarle la yunta a los ladrones. Así habría procedido él. Respondía a la habilidad de los cuatreros con otra habilidad. Astucia por astucia. Y en paz.

—No, on Dani, le repliqué con energía. Primero los cuatreros, después los bueyes.

Y pasándole las cuerdas que traía en el bolsillo de mi capote, le observé:

—Ud. mismo los va a amarrar, apenas se lo diga. Cuidado con perderlas.

Y me arrepentí, de súbito, de haberlo dicho, porque el viejo podía muy bien, arrojarlas al camino y explicar después, que las había extraviado.

Volvimos hacia el rancho, pero esta vez frente a la puerta, perfectamente delineada en la sombra por las doradas rayas de la hoguera. Detuve a on Dani, sujetándolo de un brazo. Los perros, adormilados junto al fuego, ensordecidos por la lluvia, no se movieron.

—Listo, on Dani, le previne con voz sorda.

Apoyándose en el hombro del viejo, levanté mi pierna derecha y con la suela de la bota, di de plano un fuerte golpe en la tosca puerta mal clavada. Se abrió de par en par, con estrépito de tablas rajadas.

Ocho ojos asustados y dos gruñidos miedosos se clavaron en el hueco de la puerta. Avancé dos pasos, apuntando mi pistola.

—Nadie se mueve, grité con voz ronca.

Sólo el viejo reaccionó astutamente. Tiró uno de los ponchos sobre la fogata con el fin de obscurecer el rancho y huir, pero disparé sobre las tablas y el viejo recogió el poncho con una orilla, bordada de fuego. Aullaron los perros sin atreverse a cargar. A la mujer le dió un ataque de llanto histérico y unos niños gimieron en un rincón sobre unos cueros.

La amenacé, obligándola a callarse. A modo de un afilado cuchillo, mi voz cortó al cercén el llanto de la mujer.

—Todos de pie, ordené a los hombres.

Me acerqué al más joven, el que estaba junto a la puerta.

—Camine, le dije, señalándole la puerta.

Y un ardid simple, que casi siempre resultó en las persecuciones de cuatreros, acudió a mi memoria en ese instante.

—Carabineros, grité, con todas las fuerzas de mis pulmones, dispáren al primero que intente escapar.

Y tan virilmente, espontánea debió sonar mi voz de mando, que el propio on Dani miró hacia el desorden

iluminado de la llovizna, creyendo ver soldados que apuntaban sus carabinas a la puerta del rancho.

Obedecieron todos resignadamente. On Dani los fué amarrando, de las muñecas, por atrás y sobre la cintura.

Los hice bajar por el sendero. Pistola y linterna apuntadas hacia el bajo. El resplandor clariazul del pequeño foco me los mostraba caminando, empapados de lluvia. Llegamos junto a los árboles, donde on Dani amarró las cabalgaduras. Hice subir al viejo al anca del caballo de on Dani. A los cuatreros les ordené avanzar a pie por la pedregosa vereda del declive.

—Al primero que se salga del camino, lo traspaso de un tiro, los amenacé con energía.

Y el rayo azul blanco de la linterna y sobre todo el peligro de la pistola, dirigida a sus espaldas, los hizo caminar calladamente, sin protesta, hacia adelante.

Atravesamos el estero. Seguimos por entre los troncos de un bosque de coigües hacia el camino que orilla la falda noroeste del Collanco.

* * *

Caminamos la noche entera. Negror y agua, aguas y sombras heladas. Al grisear el alba, embocamos la carretera. Cesó la lluvia poco antes de amanecer. Ibamos en dirección de la hijuela de don Benigno Muñoz, juez de distrito. Para llevar la carreta y los bueyes a Collanco era indispensable la orden judicial.

Divisamos el grupo de casas, barracas negruzcas, traspasadas de humedad, a las ocho de la mañana.

Don Benigno, poncho de Castilla, gruesas botas embarradas, bigotes y barba rubias, nos esperaba en el corredorcillo primitivo del rancho. Hacía media hora que nos había divisado, según nos dijo.

Se diferenciaba bastante de los colonos que yo conocía. Veía su prosperidad en la sucesión de potreros limpios, sin troncos ni raíces, donde el perfecto rectángulo de las vacas Heresford, muy apreciadas entonces en el sur, manchaba de rojo la verdeante luminosidad del pasto ovillo.

No fué necesario colocar en el cepo a los cuatrerros, don Benigno los conocía. Habían trabajado en la higuera y eran sus vecinos.

—No se van, mi sargento, déjelos ahí no más.

Los hizo pasar a la cocina para que desayunasen. Yo no me opuse, pero medité en la curiosa e invisible conexión que, en las tierras del sur, existe entre el propietario y los ladrones.

Don Benigno hizo matar un cordero. Comí el picante ñachi y luego costillas, chorreantes de sabroso jugo. Y al uso de la pampa, el mate amargo, cuyo áspero sabor disuelve grasas y alivia digestiones.

Don Benigno tenía fácil la palabra. Nos habló de estas faldas, de rica tierra vegetal, cubiertas hasta hace muy poco de robles y raulíes. Era un colono como on Dani, pero la suerte o la habilidad innata lo hicieron

un propietario, no un gañán, en rápida ascensión hacia la fortuna.

On Dani, callado, hecho un ovillo de pelos y de trapos, se arrinconó en un extremo de la cocina, junto a las llamas.

Al contarle a don Benigno las peripecias de la pesquisa, se ofreció espontáneamente para ir en busca de la carreta y de los bueyes al rancho maderero de la montaña. Lo acompañó el viejo, tío de los cuatreros, según averigüé en ese instante.

A los pocos minutos, se perfiló en el camino la vieja del poncho y de los zuecos, dueña de la carreta trozadora.

De pie en el corredor, lamentablemente deshecha por el agua y el barro, su voz agria inició un monólogo entrecortado y chillón, sin mirarme, más bien dirigido al día lloviznoso, exigiendo su carreta, robada la noche anterior. Producía la impresión que on Dani y yo éramos los culpables de su pérdida. Con un grito interrumpí sus sollozos. Las palabras se cortaron de golpe, como si repentina mudez apagara su voz. Se deslizó, con un seco cloc cloc de zuecos hacia la cocina, acomodándose al lado de on Dani, frente a las brasas encendidas.

Me sentía, cosa rara, algo extraño a esta gente. No los comprendía bien. Ni siquiera nombraron a los ladrones y si aparecían en la conversación, era para compadecerlos y hasta cierto punto, admirar su valentía y su astucia. Y observé que el cuatrero y el terratenien-

te estaban más unidos de lo que yo pensaba. Prósperos o en desgracia, eran pobladores de un mundo nuevo y amigos en el fondo.

Poco antes del mediodía, la carreta de la vieja, unida a la yunta de on Dani estaba en la puerta de la casa del juez. Todos salieron hacia afuera. On Dani, la vieja y los ladrones. Y yo mismo me dí cuenta, en ese momento, de lo que significaba esa carretita de ruedas pesadas y primaria armazón y su peregrinaje, con la yunta de don Dani, bajo la lluvia y sobre el barro, para la monotonía de su vida selvática. No era su recuperación lo que les interesaba en esencia sino las peripecias de la lucha entre los carabineros y los ladrones. El único extraño, lo ví bien claro, era yo en la comunidad elemental de la vida de la selva.

Contagiado por su curiosidad gueril, me sorprendí mirando la carretita, sus varales, sus costaneras, empapadas de agua. Aquí estaba, miserable y vieja; sin embargo, durante una tarde y parte de la noche, tuvo para mí, algo de misterioso e inasible:

On Dani y la vieja se acercaron a los bueyes y a la carreta. No hablaban. On Dani examinaba su yunta, sus pezuñas, sus cuernos. La vieja, los palos mal desbastados de su tosco vehículo.

Dí la orden de partida. On Dani, sin consultar a nadie, tomó la picana de coligüe, la misma de los ladrones y con un grito áspero hizo caminar a la yunta. Se incorporaba a su vida de todos los días, como si nada hubiera sucedido. Y ágiles tranquearon el Pardo

y el Clavel por el camino enlodado, vueltos, también, a la normalidad de sus costumbres.

La vieja se encaramó en la carreta, pescándose como acróbata de una de las barandillas. Así tomaba posesión de ella. El viejo de la montaña subió otra vez al caballo de Lange. Iban los cuatreros de a pie, amarrados a la espalda como en la noche anterior.

A la luz blanca del día nublado los examinaba. No se diferenciaban mucho de los otros y de los que perseguí en Valdivia y en Osorno. Uniformábalos un curioso parentesco de raza. Eran vigorosos, pero de inexpresiva catadura. A pesar de sus raídas chaquetas y de sus parchados pantalones, se adivinaban los músculos de bronce, infatigables y duros. Más cerca del español que del indio, sin duda. A ratos, conversaban con sus acompañantes. Alguno les puso un cigarro en la boca y se lo encendió, mirándome con actitud desafiante. No me cabía duda. En ese momento yo estaba demás. Era el enemigo.

De pronto, uno de los cuatreros se quedó atrás y dándose vuelta me señaló sus muñecas, estranguladas por la cuerda.

—Ya no aguanto más, su mercé, me dijo.

Ordené a on Dani que lo desatara. Si intenta escapar, pensé, lo tumbo de un balazo. Y como el otro me mirase de reojo, sin pedirme nada, también lo dejé libre. Si los cuatreros no hubieran estado bajo mi custodia, estoy seguro que ellos, on Dani y la vieja, habrían terminado emborrachándose en cualquier boliche

del camino para celebrar el feliz término de la aventura.

Casi blanco se mostraba ahora el día gris. Bajo la densa capa de nubes trabajaba incansable el sol. Presagiábase la luz de oro del sur y la suavidad de sus cielos azules. Los coigües eran densos trazos de carbón en el blancor del aire y los arrayanes y temos, apelotonados en las quebradas, fríos manchones de tinta china.

Al bajar hacia el lago, de entre unos matorrales, surgió la figura de un viejo flaco, de largo pescuezo y canillas desnudas. Movía las haldas desflocadas de un poncho, articulando con voz sin timbre, palabras que no entendí. La carreta se detuvo.

—¡Pero si es on Juica!

Se dirigían a la vieja que de un brinco estrafalario se puso al lado del viejo, su marido, según supe, ambos reclamaron la carreta, más con gestos y ademanes coléricos que con palabras.

Uno de los acompañantes descubrió un zueco que, en su atolondramiento, dejó la mujer en la barandilla. Se lo arrojó al barro con estas palabras:

—Ey va la herraúra, oña Justa, blanésela luego. No se vaya a cotipar.

Y doblándose con agilidad pasmosa, tomó el zueco lleno de barro y lo metió en su pie, torcido y negro como un puñado de ramas secas.

Para evitar la ridícula escena clavé mi caballo teatralmente, a medio metro de los viejos.

—¡La carreta la reclaman en Collanco! les grité.

Y el final fué tan cómico como la iniciación. Los viejos callaron con una docilidad de perros escaldados. Otro brinco y doña Justa se acomodó de nuevo en el mismo sitio que ocupaba anteriormente en la carreta. El viejo intentó hacer lo mismo, pero aquí intervino on Dani, deteniéndolo con la picana. Alegó en un borbotón furioso de las palabras ininteligibles, el cansancio de la yunta. On Juica no dijo nada. Dejó partir la carreta y se unió al grupo de colonos que la seguían.

* * *

Tramitadas las diligencias legales, volvimos a Collanco por el camino del lago. En el trayecto, se unieron algunos colonos a la caravana. Ocupamos la tarde entera en el viaje. Al atardecer, estábamos en las afueras.

Alguien debió avisar desde Pucón a Collanco, por teléfono, porque un tumulto de huasos a caballo, y de a pie, salió a recibirnos. No pude impedir que en un despacho se ofreciese vino a todos, incluso a los cuatros.

Un huaso que conversaba a la orilla de la acera, apoyado en su caballo, se dirigió en voz alta a otro que estaba en la puerta de la cantina:

—¡Si son los guainas de don Wence! dijo, riéndose a carcajadas.

—Esta vez si que los pillaron, comentó el otro.

Parecía interesarles más, lo volví a comprobar, el hecho de la vuelta de on Dani y de sus bueyes, que la pesquisa misma.

Un comerciante español cerró la puerta de su tienda y caminó por la acera, junto a la carreta. Sólo unos indios permanecieron impasibles al lado de sus caballos. Miraban, sin comprender, inmovilizados al borde de la acera.

En la puerta del retén esperaban Urrea, Lange y un hotelero, pariente de éste que nos convidó a su hotel. Rehusé, entrando directamente a la oficina. Me miraron con aire de asombro.

Me había sacado el impermeable y el poncho, cuando ví a on Dani y a Urrea que entraban a la habitación.

—Este hombre, explicó Urrea, quiere despedirse de Ud., mi sargento.

—¿Qué hay, on Dani? le dije.

El viejo, tan sucio como lo ví la primera vez frente a mí, me habló con su voz húmeda y pedigüena:

—Escoja, su mercé, entre el Pardo y el Clavel.

Y su arranque de generosidad me conmovió, compensándome de las molestias del viaje y de la indiferencia agresiva de los collanquinos. Puse afectuosamente la mano en su hombro mojado y le dije:

—Se lo agradezco, on Dani, pero la yunta es suya. Sin Ud. los bueyes no se encuentran.

Y bromeando, agregué:

—¿Y qué diría el Pardo si lo separaran del Clavel?

Estallaron risas de aquiescencia. Esto les agradaba, sin duda. Lange se adelantó para decirme:

—Supongo, sargento, que no rehusará, ahora, acompañarnos.

Y volviéndome a poner el poncho, fui con ellos al hotel.